

Miércoles VIII del TO
Ciclo B



29 de mayo de 2024

1Pe 1,18-25

Sal 147

Mc 10, 32-45

P. Eduardo Suanzes, msps

Al comenzar la subida a Jerusalén, Jesús quiere desmentir la expectativa de los Doce o nuevo Israel, quienes esperan que Jesús se haga con el poder político en la capital. Para ello les expone la hostilidad a muerte del sistema religioso judío contra él, y su resultado, que no será su triunfo personal, sino la victoria del sistema, aunque sólo aparente, pues será precisamente la entrega de su vida su victoria y la muerte no va a acabar con él¹.

Como hemos oído, continúa el camino de Jesús, ahora en su recta final, hacia Jerusalén. Jesús va en cabeza. Suben con él los dos grupos de seguidores, los Doce (= los discípulos como nuevo Israel) y «los seguidores» no israelitas: la disposición de ánimo de cada grupo es diferente; los Doce están desconcertados; los seguidores van con miedo.

Ya se lo había anunciado en dos ocasiones²; ahora Jesús se dirige solo a «los Doce», a los más íntimos. Pero a pesar de la detallada predicción de Jesús, el grupo de los Doce sigue pensando en el triunfo. Dos de sus exponentes de primera fila, Santiago y Juan, van a aprovechar la ocasión para pedir puestos de privilegio en el futuro reino. ¡Imagínense la decepción de Jesús! Él les está abriendo el corazón ¡y de qué manera! Les está comunicando que va a morir por ellos, que se va a dar totalmente; que va a vaciar su vida por ellos, que, como siempre ha hecho, verán que saldrá de sí totalmente para, en definitiva, mostrarles cómo les ama Dios. Y la reacción de dos de sus predilectos es la de –en su cara–, decirles que ellos lo que quieren es pensar en sí mismos. ¡Hay que tener cara para ello!

No tenemos una reacción explícita de los Doce al anuncio de Jesús, pero, por la escena que sigue, queda patente que les ha resbalado totalmente. Vamos: es que les ha entrado por un oído y les ha salido por el otro. De hecho, como después del segundo anuncio de la muerte, en que ellos discutían por el camino quien era el más importante³, ahora se manifiesta también la ambición del grupo. Santiago y Juan, «los hijos del Trueno», sin darse por enterados del anuncio anterior, esperan que Jesús ocupará el trono de Israel («*el día de tu gloria*», le dicen) y, adelantándose al resto del grupo, solicitan para ellos los primeros puestos en el reino que imaginan.

Jesús les reprocha su ignorancia, que nace de la resistencia a aceptar sus palabras (ustedes «*no saben los que piden*») y les propone otro programa: aceptar una muerte como la suya, expresada con dos figuras: pasar el trago (literalmente «*beber la copa*»), que subraya el aspecto de voluntariedad, de entregarse personalmente, de quererlo, y ser sumergido por las aguas (literalmente «*ser bautizado/sumergido*»), que pone de relieve el aspecto de ser entregado por otro.

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *Marcos. Texto y comentarios*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1994

² Cfr. Mc 8,31; 9,31

³ Cfr. Mc 9,31

Será la cruz el lugar donde se proclame la realeza de Jesús y los puestos a su derecha y a su izquierda corresponden a los de los crucificados con él. Jesús declara no poder asignar esos puestos más que a aquellos para quienes están preparados, es decir, a aquellos que, al llegar el momento de la prueba, la de cargar la cruz, respondan con una entrega como la suya. Ocupar esos puestos depende no de Jesús, sino de los discípulos porque los puestos son «*para quienes están preparados*»

El deseo de poder y gloria de los dos hermanos hace estallar la indignación de los otros y causa división en el grupo; la ambición de algunos rompe siempre la unidad de la comunidad.

Es entonces cuando Jesús vuelve a instruir a los Doce: al dominio despótico, valorado negativamente y contrario al evangelio, opone un modelo de servicio y de entrega que tiende a la constitución de una sociedad donde no exista el dominio del hombre sobre el hombre. La tendencia de la sociedad es la de institucionalizar la desigualdad entre los hombres, estableciendo una clase dominante («*sus grandes*», como dice Jesús). Jesús pone de relieve el contraste de la nueva comunidad humana («*el reino de Dios*») con esa organización social. Excluye terminantemente todo dominio de unos sobre otros: la grandeza no consiste en pertenecer a una clase dominante, sino que se basa en el servicio; la ambición («*el que quiera ser grande*») no tiene más ámbito que éste («*ha de ser servidor*»); tal debe ser la actitud de todos y cada uno dentro de la comunidad, actitud que, por ser de todos para con todos, crea la igualdad.

Por último, por si quedaran dudas Jesús caracteriza a los que serán suyos como los últimos y los servidores: eso que ha tratado por todos los medios de explicarles en los últimos días. Una comunidad de últimos, una comunidad de servidores, de «*siervos*»: es todo lo opuesto a cualquier concepción de dominio y poder.

¿Y eso por qué? Porque Jesús es el modelo de plenitud humana a la que sus seguidores deber aspirar. En su comunidad, Jesús, el Hombre pleno, no va a ser, como los dominadores de la tierra y los grandes del mundo, un dueño que reclama superioridad y exige servicio; al contrario, va a prestar servicio a los suyos. Y el servicio del Hijo del hombre, el Hombre pleno, se refiere siempre al crecimiento, a la madurez y plenitud humana de todos. Él está dispuesto a dar su vida a manos de los poderosos para rescatar a los seres humanos de la postración que sufren. Advierte así a los Doce que él no es un Mesías victorioso sobre los otros pueblos. La misión de Jesús y la de los suyos es la de dar la vida por todos.